

# RIADA



**Arqueología Industrial y memoria del trabajo:  
el patrimonio industrial del sudeste madrileño, 1905-1950**

*Paloma Candela, Juan José Castillo, Mercedes López García*

## Sumario

9	Presentación
11	Introducción
19	Estadística y Representación
41	El sudeste madrileño: nuestro escenario de estudio
67	Aguas de Carabaña: Una industria madrileña mundial
87	Azucarera de Aranjuez: Un siglo de trabajo olvidado
117	Chinchón: Aceite y Alcohol, dos huellas históricas
135	Tinajas: Un estilo de vida y trabajo en Colmenar de Oreja
149	Los ecos del esparto en Villarejo de Salvanes
163	La cultura material de un paisaje para la humanidad: el patrimonio industrial
181	Fuentes Documentales y Bibliografía

Hemos escrito este libro con amor y con tiempo. Con amor por nuestra profesión, pero, sobre todo con un amor sin límite por la gente, por nuestra tierra, por nuestra cultura, con la que nos sentimos como seres humanos concretos, vivos.

Ese «amor sin límite» se ha nutrido y crecido de los tanteos, de los ensayos, de los trabajos de un «colegio invisible» que tiene hondas raíces, y que nos da una «intuición que es la suma de todas las experiencias de la vida [humana]»<sup>1</sup>. Y debemos, por tanto, comenzar por decirle al lector o lectora que nos honra, quiénes somos, de dónde venimos.

El programa de investigación que constituye los cimientos de este libro, y que se centra en el estudio de las obras del ingenio humano, de sus formas de trabajar, construir y vivir, tiene dos pilares institucionales que son, por otro lado, la condensación de tantos y tantos trabajos, proyectos de investigación, docencia y asesoramiento que se han llevado a cabo desde hace unos veinticinco años.

En primer lugar nos asentamos en la Cátedra de Estética de la Ingeniería de la Escuela de Ingenieros de Caminos de la Universidad Politécnica de Madrid, «fundada» por el desaparecido José Antonio Fernández Ordóñez, y de la que Mercedes López es Profesora Titular desde hace ya casi veinte años.

José Antonio, «Jafo» para sus amigos, fué una de esas *rarae avis*, de esa especie en vías de extinción, de humanista integral: un Leonardo del siglo XX. Él calificó de «Picasso de la ingeniería» a Eugène Freyssinet, a cuya obra dedicó muchos años, no sólo de reflexión, sino, también, de trabajo de campo, de visita sobre el terreno. Y fué Freyssinet quien condensó su método de trabajo, que le convirtió en uno de los más importantes ingenieros del siglo pasado, en una preferencia por «lo concreto pensado».

«Constructor y no profesor», tituló una de sus últimas conferencias: no elucubraciones separadas de la realidad, sino teorización a partir de las situaciones concretas. «Nuestros métodos –decía– son mucho más simples. Con paciencia, con tenacidad, con amor, emprendemos una serie de tanteos, de ensayos; primero imperfectos, luego lentamente mejorados.(...) Entonces del fondo de nuestro inconsciente surgirá la solución deseada que se impondrá

con ese carácter de necesidad y de perfección, y con la belleza de todas las creaciones del subconsciente, de la intuición»<sup>2</sup>.

José Antonio Fernández Ordóñez no sólo acogió este programa de trabajo en su Cátedra, sino que lo hizo parte, ampliada, de la que ya era en él una preocupación fundamental, hace veinte años: la preservación del patrimonio industrial y la obra pública, a la que había dedicado una variada serie de iniciativas y publicaciones. Por otro lado, la Cátedra de Estética de la Ingeniería, con la incorporación de Mercedes López, amplió, diversificó y «enriqueció» el marco de estudio con el que los estudiantes de «camino» deben, cada año, entregar un trabajo original de investigación sobre una obra pública: canales, faros, puertos, estaciones ferroviarias, instalaciones...

Hoy, el archivo de la Cátedra dispone de unos fondos únicos, ya que algunos de los primeros trabajos (de finales de los sesenta) son, en sí mismos, documento arqueológico.

Paloma Candela se incorporó a la Cátedra como investigadora, precisamente, cuando la Comunidad de Madrid, hace ahora cinco años, comenzó a financiar nuestro proyecto de Arqueología Industrial en Madrid. Hoy dirige, también, el IPICAM, el Inventario del Patrimonio Industrial en la Comunidad de Madrid, que continúa, con otra línea de financiación distinta, el mismo programa de trabajo de recuperación de la memoria industrial de Madrid. El IPICAM es un convenio específico de colaboración entre la Comunidad de Madrid y las Universidades Politécnica y Complutense.

A JAFO, como modesta y cariñosa muestra de nuestro reconocimiento, admiración y respeto por su inmensa obra queremos dedicar este libro. Después de todo, una buena parte de esta cosecha se debe a que él preparó la tierra en la que crece.

El otro pilar de este libro está en la Cátedra de Sociología del Trabajo de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Aquí, enseñando estructura social, condiciones de trabajo, ergonomía, y sociología del trabajo, hemos centrado nuestro interés en la formación de sociólogos acostumbrados al trabajo de campo directo desde hace veinticinco años. Y en la publicación de artículos pioneros en nuestra revista *Sociología del Trabajo*.

Hace once años, el curso 1991-92, comenzamos a impartir un curso de doctorado sobre Arqueología Industrial, que entonces debía esforzarse en convencer de la necesidad de

la introducción en nuestras aulas de «un nuevo saber». Aquel subtítulo, al correr de los años ha llegado a centrarse hoy en la «arqueología del trabajo en Madrid», reflejando una evolución y maduración que ha corrido pareja, durante los últimos cinco años, a los encargos de investigación hechos por la Comunidad de Madrid.

De este curso han salido grandes profesionales entrenados por nosotros en la reconstrucción de los procesos productivos, el análisis de la organización del trabajo, y en la capacidad de insertar los restos productivos en su entorno, en su contexto social. Todo ello enriquecido por la co-dirección del curso a cargo de Mercedes López y de Paloma Candela, junto a Juan José Castillo.

Los investigadores que formamos saben interpretar la arquitectura y la maquinaria, la organización y los trabajadores como un todo. Lejos de aquellas reflexiones que, «al pie de la torre Eiffel», al visitar el Palacio de las Máquinas, se le ocurrían a Doña Emilia Pardo Bazán, que preguntaba todo: «quédese para los hombres políticos, cuando hacen un viaje o *tournee* electoral, el fingirse extasiados en una fábrica de tejidos de algodón, v.g., cuando realmente dudan si el algodón lo produce una planta o si es el capullo de algún gusano»<sup>3</sup>.

Nuestro curso de doctorado ha sido un crisol de perspectivas disciplinarias. Por él han pasado ingenieros, arquitectos, historiadores de la técnica, directores de museos de la técnica, geógrafos, historiadores, investigadores vinculados a la administración... Cinco tesis doctorales han sido presentadas, como producto de la formación impartida en este curso de doctorado, y tres de ellas están en trance de publicación.

Por otro lado, en ese mismo entorno institucional, se constituyó, en diciembre de 1993, el Seminario de Investigación en Ciencias Sociales del Trabajo «Charles Babbage», que ha sido el foro de reunión, discusión y análisis en el que, también ha cuajado este libro. Y que dispone hoy de una colección de libros en la Editorial Miño y Dávila.

A todos los compañeros del «Babbage», que nos han acompañado en este proceso, con su ilusión, su amor sin límite, su «pasión y oficio» por esta profesión de científicos sociales, va también dedicado este libro. Porque ellos excavaron los lugares donde ahora cimentamos.

En la realización concreta de este trabajo hemos adquirido numerosas deudas que debemos agradecer. A las instituciones que han financiado nuestra investigación, especialmente a la Dirección General de Investigación de

la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid que ha venido financiando nuestros proyectos desde 1997, apostando por un equipo y ayudando a consolidarlo, incluyendo una generosa ayuda para la edición de este libro y su difusión en su página Web de Cultura Científica. La Dirección General de Patrimonio Histórico-Artístico, primero cuando formaba parte de la Consejería de Educación y, ahora, desde la Consejería de las Artes, ha contribuido a nuestro programa de Investigación con el Convenio suscrito con las universidades Complutense y Politécnica de Madrid para llevar a cabo el Inventario del Patrimonio Industrial de la comunidad de Madrid (IPI-CAM), contribuyendo, igualmente a la edición de este libro. A todas aquellas autoridades locales que nos han facilitado información, acceso a instalaciones, medios muchas veces escasos y que no han escatimado para facilitar nuestro trabajo. A los bibliotecarios y personal de archivos, tanto nacionales como regionales y, especialmente, locales, cuando existían. A nuestros entrevistados, informantes locales, expertos, empresarios, trabajadores y ex-trabajadores, que son la columna vertebral de nuestra reconstrucción de la historia social madrileña. Como argumentamos en la Introducción que sigue, sin la memoria obrera este libro difícilmente podría superar el catálogo de ruinas ininteligibles.

Han sido: José Luis Carrasco, Josefina Freire, Francisco Garnacho, Antonio Hernández, Julio Gómez, José Luis Lindo, Manuel García Serrano, José M<sup>a</sup> Aguado, Teodoro Corbacho, Mariano Loriente, Manuel Madrid, Antonio Mingo, José Antonio Montegrifo, Isabel Ardid, Carmen Dones, Rafael Deloma, Pilar Lamoca y Santiago Pérez Doval.

Un agradecimiento especial va dirigido a los expertos y profesionales que con sus consejos, sus informaciones o sus documentos, con sus comentarios, nos han ayudado a edificar este libro: Andrea Del Bono, Arturo Lahera y Eliseo Leiva, por su ayuda en el «desescombro» del trabajo de campo. Jaime Lafuente, Lala López-Acevedo, María José Méndez, Mercedes Navarro-Reverter, Conchita Pintado, Felipe Prieto, Pilar Rivas, José María Sierra, Teresa Barbado y Fernando Velasco.

La localización y preparación del soporte gráfico de este libro no hubiera sido posible sin el esfuerzo y la colaboración de algunas personas. Los autores agradecen el apoyo y la implicación de: Justo Pérez, vecino y gran conocedor de la historia de Villarejo de Salvanés –como nos viene mostrando con entusiasmo y tesón cada mes en la revista *La Encomienda Mayor de Castilla*–, Julia Madrid, Isabel Redondo, María Manzanera, Maruja González (valedora del legado gráfico de su padre, Miguel González, prolífico fotógrafo de Perales de Tajuña). Pedro Sánchez Moreno, Cruz González, Carlos Teixidor, Pablo López Calle y Maribel Tuda. Y un agradecimiento especial a nuestra amiga y compañera Esmeralda Ballesteros que tan generosamente nos ha prestado su tiempo, su oficio y su siempre estimulante compañía.

Y, claro está, gracias a nuestro editor, «Doce Calles», que ha preparado, con su profesionalidad habitual, este hermoso producto que tiene el lector entre sus manos.

Que disfrutéis todos, y usted el primero, querida lectora o lector, con las páginas que siguen.

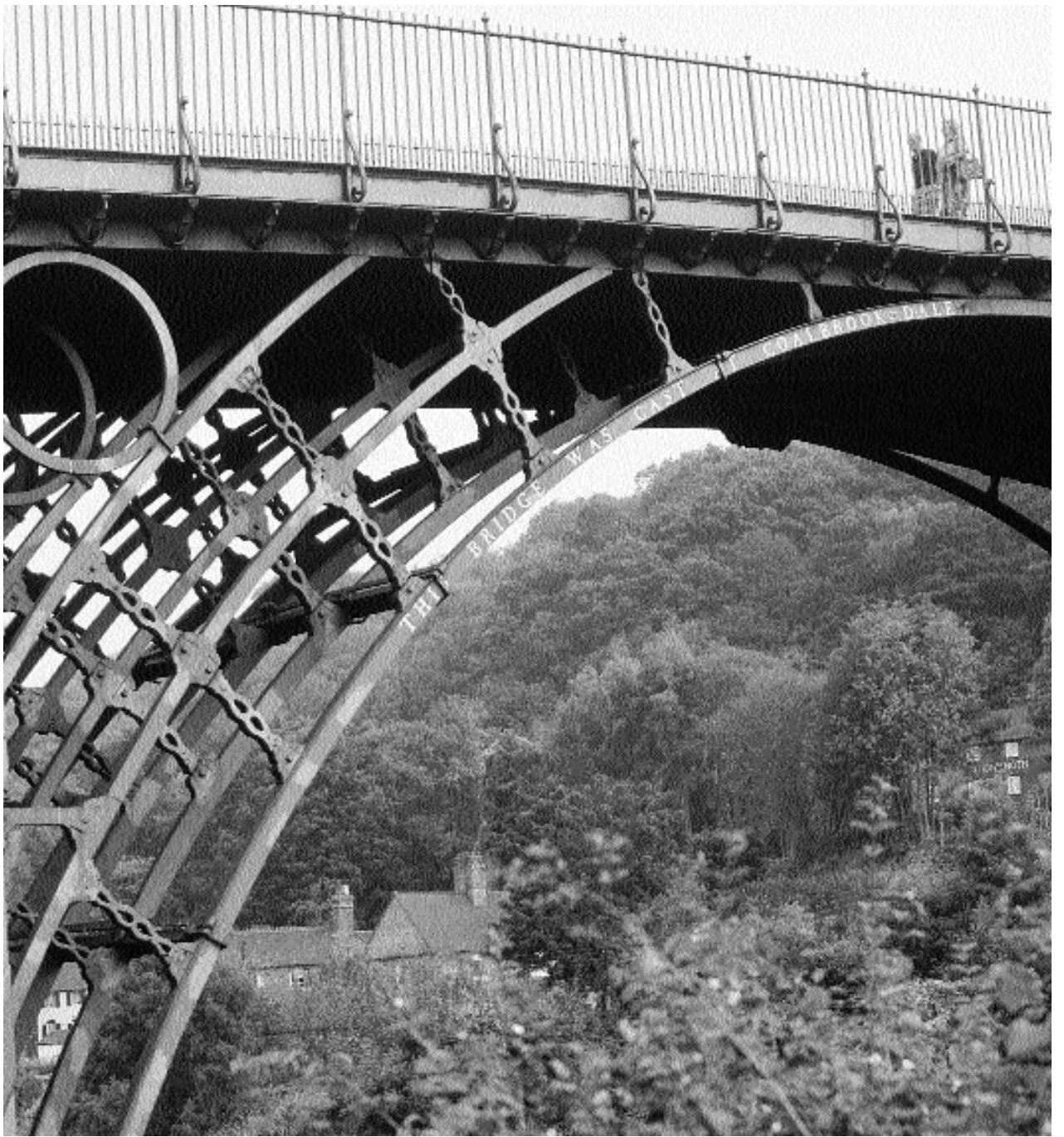
Madrid, enero de 2002

<sup>1</sup> La frase, y la paráfrasis anterior son de Eugène Freyssinet, *Un amour sans limite*, 1993, p. 145.

<sup>2</sup> Freyssinet, 1993, pp. 125-145, “Constructeur, pas professeur”.

<sup>3</sup> Pardo Bazán, *Por Francia*, s.f., p. 3. Que Doña Emilia veía, además de mirar, lo constata esta observación: «La Torre [Eiffel] señalará una nueva e importante etapa para las

construcciones de hierro, puentes, estaciones, viaductos aéreos y palacios. El hierro entrará como elemento poderoso a facilitar obras y empresas colosales» (*Ibidem*, p. 28).



## Introducción

---

### LA ARQUEOLOGÍA INDUSTRIAL REDESCUBRE EL PASADO INDUSTRIOSO

Las huellas físicas e intelectuales de nuestro pasado remoto o reciente conforman nuestro patrimonio cultural, lo que nos distingue como pueblo y nos identifica, formando lo que se considera la herencia común que condensa nuestro pasado, y constituye nuestra memoria social, nuestra conciencia histórica.

El concepto de patrimonio, y lo que implica: saber que trazas del pasado hay que salvaguardar, ha variado a lo largo del tiempo, a la par que ha evolucionado y ampliado el concepto de historia, revelando también un cambio de mentalidad.

A lo largo del siglo XIX predominó un concepto vago del patrimonio, centrado exclusivamente en el carácter artístico y conmemorativo de monumentos históricos tales como catedrales, castillos, palacios, estatuas, etc. Los edificios industriales no comenzaron a ser objeto de interés patrimonial hasta mediados del siglo veinte.

La devastación originada por las guerras, especialmente la Segunda Guerra Mundial, y el ritmo vertiginoso de transformación debido al desarrollo tecnológico, ha estado en la base de la conciencia de engrosar el contenido del patrimonio, albergando, desde mediados de siglo, a las construcciones y restos físicos industriales como huellas y testimonios de nuestro pasado más reciente.

Estos testimonios materiales que constituyen el patrimonio industrial de un país, contienen en sí mismos y nos transmiten un importante legado de valores histórico-culturales, artísticos, pedagógicos y de conocimiento del entorno.

En este contexto, la Arqueología Industrial incorpora la noción de patrimonio en su sentido más amplio y ofrece un marco de trabajo interdisciplinar donde confluyen la historia, la teoría económica, el análisis sociológico, la historia de la técnica, la geografía o la antropología.

La Arqueología Industrial ha conocido en los últimos treinta años un desarrollo progresivo que la ha situado en un fase crítica de madurez.

Nació como tal disciplina en el Reino Unido entre la defensa del *industrial heritage*, del patrimonio industrial, la investigación de «aficionados», la catalogación y la preservación.

Hoy está integrada entre las ciencias sociales que abordan la explicación de la industria en su contexto social. La Arqueología Industrial se ha consolidado como un enfoque que parte de la recomposición de la cultura material para reconstruir y definir su objeto, el trabajo industrial, transformador de la naturaleza y de los hombres, productor de bienes y servicios.

Esos orígenes «populares», su enraizamiento local, ese mismo arranque «desde abajo», le han valido elogios, por su misma capacidad para reconstruir un itinerario pedagógico, de movilización social, y revitalización de la memoria histórica próxima como una disciplina en la que es especialmente básico el *trabajo de campo*.

En su diversificación como lugar de confluencia de disciplinas y enfoques científicos, prevalecen orientaciones muy diversas: desde quienes se han decantado por una suerte de revitalización de las viejas arquitecturas industriales, hasta aquéllos y aquéllas más dedicados a detectar en los viejos usos productivos resquicios por los cuales recuperar las trazas y las huellas de un patrimonio y una cultura perdidos.

Este planteamiento, con un eje centrado en el análisis concreto de las *situaciones reales en que se ha desarrollado el trabajo humano*, no rechaza –antes al contrario– las distintas aportaciones que ha recibido la Arqueología Industrial y que son, a nuestro juicio, precisamente, la razón de su riqueza y complejidad metodológica.

Pero es obvio, también, que nuestro enfoque, para decirlo con las conclusiones de un trabajo que consideramos en muchos sentidos ejemplar, privilegia dos ejes: 1) reconstituir el contexto material de la actividad productiva; y 2) desvelar los lazos que los actores implicados mantenían con ese contexto<sup>1</sup>.

Al término de este viaje de consolidación disciplinaria, la arqueología industrial ha *añadido* un énfasis especial en la cultura material allí, precisamente, donde el enfoque de la historia social, de la sociología y de la antropología de terreno, de la sociología de la técnica y de la ciencia, habían ya dado pasos sustanciales. Como lo dice Jean-Yves Andrieux (1992), el paso de la arqueología a la historia, *tout court*, completa un enfoque, lo une como un cemento metodológico<sup>2</sup>.

Si el centro de atención de la Arqueología Industrial eran, sobre todo los restos físicos de la actividad productiva, hoy todo confluye hacia un interés por la reconstrucción de los procesos productivos donde los

trabajadores, como no podía ser menos, son el foco de atención. La arqueología industrial destaca y realza la necesidad de ir a los lugares de trabajo, de recomponerlos, de *situar* a los obreros y las obreras, de reconstruir sus condiciones de trabajo.

Hoy interesa mucho a los arqueólogos industriales el registro temprano de los procesos de trabajo. Porque, «cuánta información se pierde cuando un proceso industrial cesa; incluso se pierde más cuando se retiran las antiguas máquinas del edificio, que es la situación con la que se encuentra el historiador industrial cuando llega para registrarlo»<sup>3</sup>.

«La aplicación local de máquinas a cada tarea y los métodos de operación varían también, y por ello *la práctica puede a veces ser significativamente distinta de la teoría*; así que es potencialmente fuente de error el tomar los procesos por dados(...); y hay que hacer [el registro] pronto. Una información y registro de primera mano puede ser hecha únicamente cuando las industrias están aún funcionando; una alternativa más pobre es recoger la información de plantas difuntas pero intactas, con el suplemento de la información que proporcionan las personas que trabajaron allí»<sup>4</sup>.

Frente a esa «fábrica que se convierte en una abstracción, vacía de hombres y de procesos reales de producción»<sup>5</sup>, constatamos «la enorme cantidad de conocimiento humano sobre la construcción de los sistemas sociotécnicos que ha sido, desgraciada e irremisiblemente perdida»<sup>6</sup>.

Puesto que el silencio es la característica más notable de los restos físicos, ello nos ha llevado a practicar esa forma más «pobre», pero tan rica, de reconstrucción de los procesos productivos, que es recuperar la memoria del trabajo.

### *Recuperar la memoria del trabajo*

«La herencia de la civilización industrial es también toda una memoria del trabajo, toda una historia de la organización del trabajo, de los métodos de producción(...); ello le da al estudio de la arqueología industrial una dimensión humana, social y de identidad»<sup>7</sup>.

Queriendo destacar su «identidad» se ha hecho énfasis desde la Arqueología Industrial, en el estudio de los «restos físicos» de los procesos de trabajo. Ese partir de la reconstrucción material de las trazas de las actividades





2

productivas del pasado, ha podido inducir a algunos a dudar –aunque sólo fuera por la dificultad de encontrar a los obreros y obreras de entonces–, en incluirlos entre sus objetos (y sujetos) de estudio<sup>8</sup>.

Y, sin embargo, el recurso a la información que proporcionan las memorias obreras, ya sean escritas, recogidas en otros documentos, o rescatadas de los antiguos trabajadores, a través de entrevistas, reconstrucción oral de su experiencia, o cualesquiera otra técnica a nuestra disposición, es perfectamente compatible con aquella imagen o metáfora de los «restos o vestigios físicos».

En primer lugar, un trabajador o una trabajadora, si aún podemos encontrar sus vivencias, ideas, descripciones e impresiones, es en sí mismo un «resto físico» de aquellos procesos de trabajo, de aquella «industria», que queremos reconstruir. Un vestigio que habla, es decir que

*encarna* en sí mismo las huellas de los procesos de trabajo, de la historia laboral, de sus formas de vivirlas o sufrirlas.

Por ello, la trabajadora, o el trabajador, proporciona información sobre las situaciones reales de trabajo directamente por la *marca* o *modelado* que en las personas dejan, a través de las condiciones de trabajo, las relaciones de producción, que las transforman en fuerza de trabajo.

Las huellas del trabajo quedan grabadas en las personas de una forma que es más que metafórica: el trabajador lleva sobre sí las trazas físicas e intelectuales de los procesos de trabajo directos a los que se ha visto sometido. Es tarea del investigador el saber «profundizar» en esas capas del cuerpo y la memoria para sacar a la luz lo que está oculto: como cualquier arqueólogo. Como cualquier sociólogo.

3. Canal de el Villar, almenara de El Berrueco (Canal de Isabel II). J.J. Castillo, mayo 2001.



3

En segundo lugar, y en un sentido menos fuerte que en el punto anterior, el trabajador, su memoria individual y colectiva, es fuente de informaciones imposibles de recuperar de otro modo, incluso sobre procesos de trabajo que no le ha tocado vivir directamente, pero de los que es depositario indirecto o por tradición.

Finalmente, la memoria obrera es singularmente importante para la recuperación de aquellas marcas dejadas por el ámbito de la vida, y que confluyendo en manera contingente y concreta sobre ellos, como actores sociales, sería muy difícil reconstruir a partir de otras trazas, huellas o vestigios materiales.

*Madrid con otros ojos: El diablo cojuelo de la Arqueología Industrial.*

Con la mirada renovada que venimos practicando, como el diablo cojuelo que levanta los tejados para conocer el interior de las casas y la vida de sus moradores, queremos contribuir a romper los tópicos sobre la historia industrial de Madrid, ciudad y región, lo que nos ha permitido un abordaje que privilegia la recuperación e inventario de un patrimonio que ha existido y ha marcado nuestra historia y nuestra cultura.

El estereotipo ha calado profundamente en las interpretaciones históricas y en los análisis sociológicos, repetido hasta la saciedad: «Es opinión corriente la de que Madrid fué, y es, y ha sido siempre ciudad parasitaria, urbe clásica de la holganza y el despilfarro nacional, refugio de vividores, acogedor asilo de com-pradazgos, privanzas y adulaciones»<sup>9</sup>.

Nuestra visión actual, al cabo de diez años de investigación sostenida, es notablemente discrepante de esa «fragilidad» y escasa base del desarrollo industrial de nuestra región. Y el panorama que presentamos en este libro es ya una muestra más que suficiente de cuanto decimos.

Por otro lado, hemos utilizado muchas veces la expresión «Madrid industrial». Para destacar, siguiendo a nuestros clásicos, que, por encima de las clasificaciones estadísticas, que proyectan hacia el pasado nuestras categorías de clasificación de hoy, reconstruimos todas las formas de trabajo moderno.

De hecho, cuando se está realizando el «trabajo de campo», los cuestionarios, de la *Memoria acerca del Estado de la Industria en la Provincia de Madrid*, en mayo

de 1904, habrá que recordar a quienes rellenan esas informaciones que «la palabra industria, a los efectos de la presente información, se ha de entender en su acepción más amplia, exceptuando sólo la de compraventa, o sea el comercio»<sup>10</sup>.

Nuestro punto de partida cronológico se sitúa en 1907, fecha de publicación de la *Estadística Industrial* que, aunque anónima en su publicación preparara Juan José Morato, a quien debemos seguir también, como arranque en la búsqueda de casos en su serie de artículos en *El Heraldo de Madrid*, en 1907, «La industria madrileña a principios de siglo», porque «antes de comenzar la guerra civil Madrid era ya, en el contexto nacional, un centro industrial de primera magnitud»<sup>11</sup>.

<sup>1</sup> Véase Chaplain, 1984, p. 265. Las referencias bibliográficas completas, se recogen en el capítulo 10. «Reconstituer le fonctionnement des unités de production dans leur environnement», dicen A. Morel y J. Vallé-rant, al presentar *Terrain*, n. 2, 1984, «Anthropologie industrielle: recherche en développement».

<sup>2</sup> Véase Castillo, 2002, «Historia y sociología, *même combat*».

<sup>3</sup> James Douet, 1997, p. 111.

<sup>4</sup> Malaws, 1997, pp. 75 y 78. El subrayado es nuestro.

<sup>5</sup> Dewerpe, 1987, p. 1084.

<sup>6</sup> Pfaffenberger, 1992.

<sup>7</sup> Louis Bergeron, 1995, p. 177. A la sazón Bergeron es presidente del TICCIH, la asociación que aglutina internacionalmente a los arqueólogos industriales.

<sup>8</sup> «La Arqueología Industrial tiene como objeto el estudio y la conservación de los restos industriales, así como el estudio de la *infraestructura material* de la producción, de la distribución y del consumo, y todo ello a partir del siglo XVIII», dice, por ejemplo, Peter Scholliers en la veterana y emblemática revista belga *Cahiers de la Fonderie*, (Scho-lliers, 1990: 61).

<sup>9</sup> Lo dice Miguel Capella (1955, p. vii) reivindicando, precisamente, la tradición industrial madrileña.

<sup>10</sup> *Boletín Oficial de la Provincia de Madrid*, 30 de mayo de 1904, «Circular de la Dirección General de Agricultura, Industria y Comercio».

<sup>11</sup> *Atlas de la Industria...*, 1994, p. 20.

**DORA POPULAR MADRID**



pesetas  
la Socie  
Popular  
rechos y  
Estatuto  
Mad

**ACCION NOMINATIVA**

**A FAVOR DE**

*D. Juan Saavedra Montesinos & C. Ref.*

ca  
De  
tar  
  
S.  
ONES  
PTAS  
Financ  
  
2  
za.)  
D

VOCAL

### MADRID A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

La historia del trabajo en Madrid merece una nueva lectura, especialmente en este período clave, y poco explorado de su desarrollo, el primer tercio del siglo XX. Porque las visiones que se han anclado en el imaginario social son demasiado borrosas. Lo suficiente como para difuminar los contornos de un pasado que difiere, a nuestro juicio, como acabamos de argumentar, de la que ha sido nuestra verdadera historia.

Con una mirada abierta y renovadora nos hemos aproximado al estudio en profundidad de los principales rasgos que configuraron el peculiar desarrollo de la modernización madrileña desde mediados del siglo XIX.

Así, hemos desbrozado un terreno poco conocido por la dispersión de las publicaciones y, en muchas ocasiones, difícilmente documentable: los vestigios de una época pasada, de la que se olvida cualquier traza de trabajos, trabajadores y «empresas», son descartados, cuando no destruidos.

Porque en el análisis histórico de la economía y la sociedad madrileñas, en particular, de su evolución en el marco de la industrialización española, ha predominado la idea hecha, por más que no contrastada, de la inexistencia o fragilidad de una actividad y estructura productiva local. Una estructura incapaz de estimular un desarrollo industrial de la talla del habido en otras regiones españolas como Cataluña o el País Vasco.

Sin embargo, esta arraigada visión ha sido ya refutada, o puesta en cuestión, por el avance historiográfico, especialmente local, de las últimas décadas. Desde renovados enfoques, parcelas temáticas, orientaciones y períodos cronológicos concretos, nos han ofrecido notables aportaciones sobre la realidad social y económica de Madrid<sup>1</sup>.

*La Memoria acerca del estado de la industria en la Provincia de Madrid en el año 1905*

Las tres primeras décadas de nuestro siglo marcaron una etapa definitiva de la modernización social y económica de Madrid y bien podríamos situar el despegue real de su industria en los comienzos del siglo XX.

Los años finales del diecinueve dejaron constancia de las posibilidades de un modesto pero significativo proceso

Fotografía en página 18: 1. *Título de acción nominativa de la Sociedad Anónima Panificadora Popular madrileña, 1916. Detalle. (Original de P. Candela)*

2. *Grabado de un fábrica de fundición de hierro y tuberías de plomo, en Santa M<sup>a</sup> de la Cabeza. La Ilustración Española y Americana, 1882.*

3. *Primera sede de la Platería Martínez, La Ilustración, 5 de mayo 1849.*

4. *Interior de Fábrica de Platería Espuñes. La Ilustración Española y Americana, 1885.*



2



3



4

de cambio, anunciado ya en ese abigarrado mundo de talleres y oficios de predominante producción artesanal que dejaba entrever la presencia de un núcleo de sólidas empresas impulsoras de algunos de los sectores claves para la modernización de la ciudad, afines, por ejemplo, a la construcción o al mundo editorial.

Conocemos durante el diecinueve, especialmente en su segunda mitad, el arranque de manufacturas de la talla de las fundiciones Bonaplata y Sanford –decisivas para levantar el Gasómetro y el ferrocarril–, la fábricas chocolateras de Matías López y La Colonial, la de bujías La Española o la Casa Sucesores de Rivadeneyra, entre otras<sup>2</sup>

El cambio de siglo anunció otros cambios cualitativos como la mejora de comunicaciones eficaces (la extensión del ferrocarril, sin duda), soluciones en el abastecimiento de energía, agua y otros combustibles, los primeros ensayos eléctricos, etc., todos ellos, verdaderos estímulos a la producción industrial bajo patrones diferentes como refleja el entramado fabril consolidado en las primeras décadas del veinte<sup>3</sup>.

*La Memoria acerca del estado de la industria en la provincia de Madrid en 1905* ha sido una obra esencial en el diseño inicial de nuestra investigación y se ha mantenido como punto de referencia lo largo de su desarrollo. Su pormenorizada información estadística ha sido objeto, por nuestra parte, de un examen y análisis minucioso como paso previo al trabajo de identificar los criterios (temporales, sectoriales y geográficos) y los límites de aplicación de nuestra metodología.

Es, en definitiva, y de acuerdo con nuestro planteamiento un termómetro riguroso, tanto en su construcción científica como en sus contenidos temáticos, de enorme utilidad para medir el pulso de la situación industrial a comienzos de siglo<sup>4</sup>.

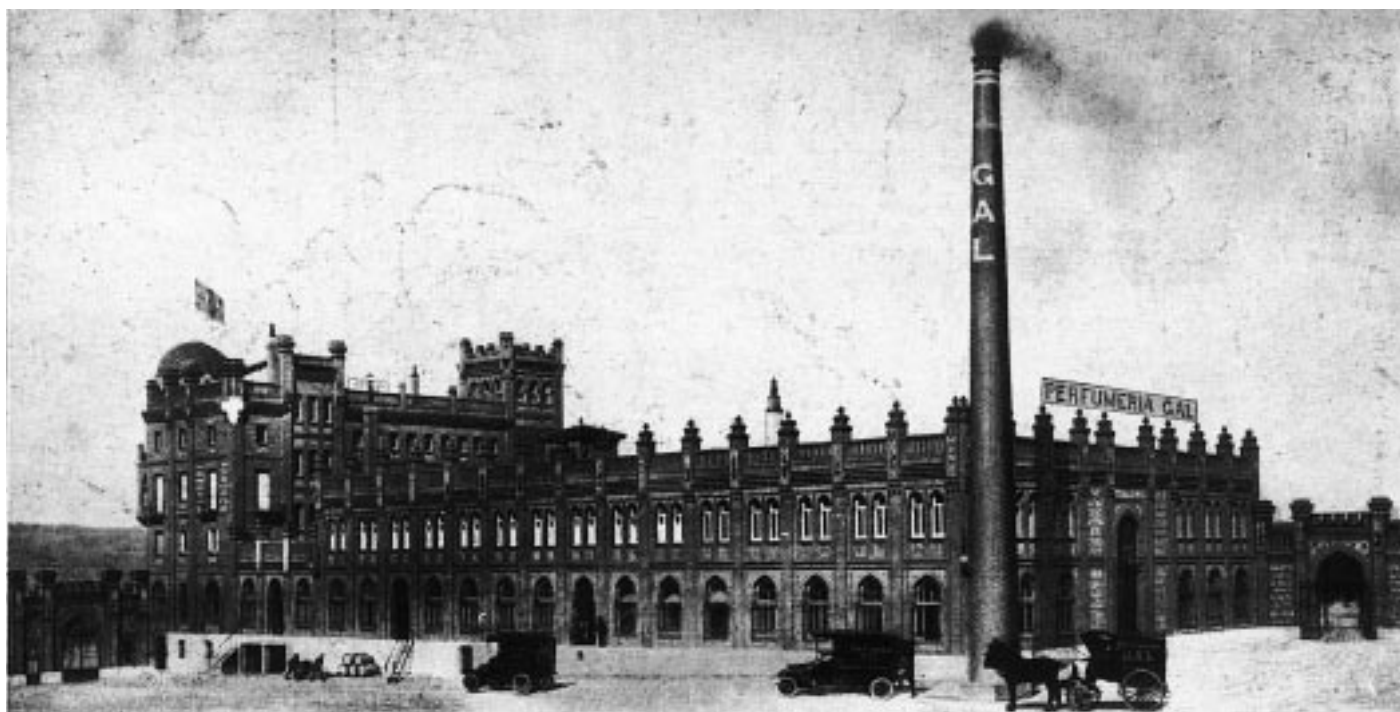
Este amplio acopio de datos estadísticos, opiniones y documentos nos ha permitido reconstruir una primera aproximación de la situación de la industria madrileña, de sus antecedentes inmediatos y retos futuros en torno a la fecha de 1905.

A principios de siglo, la industria madrileña desarrollada en los límites estrictos del municipio, así como en su extensión provincial, aparecía en una situación sensiblemente próspera.

La Capital emergía, poco a poco, como centro industrial de considerable importancia, donde se empezaba a configurar una estructura productiva capaz de mantener un censo de cerca de cien mil obreros.

Es conocido el pulso económico del Madrid de esos años, caracterizado, por ejemplo, por el predominio del sector terciario en la estructura ocupacional local, o por el importante auge inmigratorio y demográfico que, a la sazón, debía enfrentar: un reflejo del proceso de cambio social emprendido.

5. Vista general de la Fábrica Gal en su sede de la Moncloa (La Esfera, 3 de marzo 1917). Por su diseño y construcción fue ésta una fábrica modélica que mereció, en 1915, un premio extraordinario del Ayuntamiento de Madrid. Lamentablemente, esta obra emblemática de la arquitectura industrial madrileña, que sobrevivió, incluso, a los efectos de la Guerra Civil, no resistió la demoledora acción de la piqueta y desapareció en 1963 tras ser trasladada su actividad a Alcalá de Henares. El antiguo solar de "la Gal" hoy lo ocupa el edificio Galaxia en la calle Isaac Peral esquina Fernández de los Ríos.
6. Empleados y personal obrero de la Perfumería Gal posando en las instalaciones de la nueva fábrica. Mundo Gráfico, 30 de junio 1915.



5



6

Vencidas algunas de las dificultades que entorpecieron el arranque en el pasado, el sector industrial madrileño, especialmente, se prepara para la llegada de importantes centros fabriles. Entre los primeros de mayor orden, baste recordar la instalación las fábricas de cervezas El Águila y Mahou, Manufacturas Metálicas o, más adelante, la Perfumería Gal, casos ejemplificadores de la profunda extensión de los sectores de la construcción, la alimentación y las industrias químicas.

En el ramo alimentario, destacaban también las cinco grandes fábricas de harinas, La Estrella, La Universal, la de

San Antonio y La Espiga, que además de suministrar a los pueblos inmediatos, abastecían a las 190 tahonas que había en el término municipal, así como a las nueve fábricas de galletas y a los 260 talleres de pastelería. Eran muy importantes otras fábricas de cervezas como El Laurel de Baco y Santa Barbara, la más antigua de todas. Sobresalían, asimismo, los talleres metalúrgicos Grasset, Jareño y Compañía, Cerro de la Plata y las fábricas de jabón y perfumería La Iberia y la fábrica de pañuelos Tomás Castaños.<sup>5</sup>

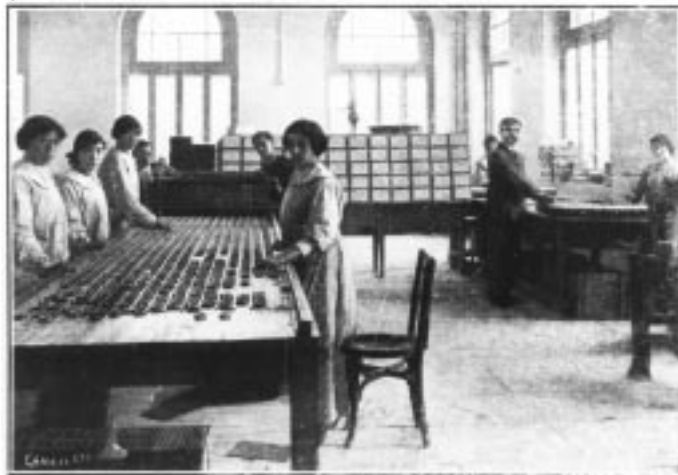
Otro sector de gran importancia es el eléctrico en plena expansión a medida que consigue mejorar las condiciones

7. Publicidad de Cervezas El Aguila (Colección particular de Carlos Velasco)
8. Vista General de las instalaciones de la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre en su primitiva sede de la Plaza de Colón junto a la Biblioteca Nacional. La Ilustración Española y Americana, 1898.
9. Obreras de la GAL trabajando en la sección de empaquetado. Mundo Gráfico, 30 de junio 1915.



7

9



8

del transporte de esta energía, instalándose fábricas generadoras de electricidad en la ciudad. Así, en 1908, son 17 las empresas distribuidoras de electricidad, destacando la fábrica de luz establecida en la calle del Empecinado, hoy Standar Eléctrica, constituida en 1890 por la Electricity Supply Company for Spain Limited, con seis calderas de vapor Babcock Wilcox, 6 máquinas Compound de 200 cv. cada una y 6 dinamos, junto a otras fábricas instaladas en las calles Trafalgar, O'Donnell, la gran Central Eléctrica del Mediodía en la calle Gobernador, montada en 1900 por José Batlle, propietario de otra en Chamberí, etc. Todas ellas de origen térmico, a las que habría que añadir las hidráulicas que obtenían la energía a partir de saltos de agua, con lo que las centrales se instalan lejos de la población. Corresponde este desarrollo al siglo XX, apareciendo compañías nacionales: Hidroeléctrica Española fundada en 1907 con el Salto del Molinar en el río Júcar Cooperativa Eléctrica de Madrid en 1908, fusionándose ambas para formar en 1910 la Cooperativa Electra Madrid, o la surgida en 1912 Unión Eléctrica Madrileña, fusión de la empresa francesa Compañía General de Electricidad y las nacionales, Sociedad de Gasificación Industrial y la empresa Saltos de Bolarque de la Banca Urquijo, por citar algunas de las más importantes<sup>6</sup>.

Sin pasar por alto, la notable consolidación de un núcleo de grandes empresas que encabezan las nóminas más altas de la capital, como los talleres ferroviarios de la Compañía MZA, con 2.500 obreros, la Fábrica de Gas, que empleaba a unos 1.500, y la Fábrica Nacional de Tabacos que con una plantilla de más de tres mil mujeres



10. Serie de grabados de los antiguos talleres de la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre La Ilustración Española y Americana, 1872.

11. Escenas de trabajo en el interior de la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre a finales del siglo XIX. La Ilustración Española y Americana, 15 de junio de 1898.



10



11



# DOCE CALLES